

ELENA H. SÁNCHEZ LÓPEZ  
MACARENA BUSTAMANTE-ÁLVAREZ  
(editoras)

ARQUEOLOGÍA ROMANA  
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

GRANADA, 2019

COLECCIÓN MANUALES • MAJOR

© LOS AUTORES  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6455-0  
Depósito legal: Gr./316-2019

Edita: Editorial Universidad de Granada  
Campus Universitario de Cartuja. Granada  
Telfs.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20 • editorial.ugr.es

Maquetación: CMD. Granada  
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea  
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## PRÓLOGO

Los años de experiencia docente a través de una asignatura impartida en mi universidad, la de Granada, en donde se trataban temáticas recogidas en este libro, nos hicieron reflexionar sobre la necesidad de la elaboración de una publicación que pudiera orientar a nuestros alumnos sobre esta materia.

Es por ello por lo que, desde el Grupo de Investigación GAEGATAO (HUM296), de la Junta de Andalucía, adscrito a la UGR, se tuvo claro que había que meterse en ese reto: ser capaces de generar una obra que cubriera ese hueco que había, y que nosotros notábamos desde la docencia, sobrepasando incluso nuestro ambiente universitario. La realidad es que la Arqueología Romana en la península ibérica interesa más allá del ámbito académico; las preguntas y consultas que siempre hacen amigos y conocidos sobre esa materia, lo corroboran.

El ímpetu que han puesto las Dras. Elena H. Sánchez y Macarena Bustamante en ese empeño de tirar para adelante ese proyecto, ha dado sus frutos. La labor que han realizado como editoras ha sido extraordinaria. Y no era fácil, primero había que dar una estructura adecuada a un tipo de publicación como esta. Había, también, que concretar y plasmar, en un orden adecuado, todas las ideas relativas a temáticas que iban fluyendo para incluir en la obra, y había que concretar las extensiones a dar a cada uno de los apartados en los que se ha formalizado la misma. El segundo reto era poder reunir un elenco de profesionales, especialistas en cada una de las materias propuestas. Las respuestas de nuestros colegas fueron inmediatas, sumándose como autores al proyecto propuesto por las editoras, creando así una obra conjunta, asumida por todos como colectiva. Esta actitud ha hecho posible que salga a la luz este libro, unidos capítulos y apartados por un relato que, a modo de hilo conductor invisible, hace que exista una unión entre de cada uno de ellos, dando coherencia global al texto final.

Empezar por una introducción metodológica era importante; era la manera de plasmar, desde el primer momento, qué cariz se le daba al volumen. Siempre es importante recordar que los arqueólogos son, somos, historiadores, que trabajamos con un tipo de archivos muy especiales y complejos, en donde saber hasta donde un registro arqueológico puede proporcionar datos, no es un tema baladí. Y menos en la actualidad, con las plausibles aplicaciones de diversidades analíticas que sobre los bienes arqueológicos se pueden realizar. Una realidad que se multiplica exponencialmente día

a día. Crear documentos desde esa amplitud de datos que la Arqueología produce, no es fácil, y menos entrelazarlos con los que nos han llegado a través de las fuentes escritas —literarias, originales sobre diversos soportes no perecederos, numismáticas, etc.— Es por ello por lo que, en este libro, se ha incorporado, como segundo capítulo, una contextualización histórica. Situarse en el tiempo, y en el devenir de los acontecimientos generales, es imprescindible, en ese caso a modo de introducción para el conocimiento de la *Hispania* Romana.

Trabajar sobre un yacimiento concreto implica ser capaces de reconocer los materiales utilizados cuando éste cumplía su función para la que fue concebido, cuando tenía su propia vida. En ese caso, para introducir al lector en la materia, se ha empezado por el «contenedor», las estructuras construidas en época romana en donde se aplicaron unas técnicas específicas, utilizando unos materiales propios y característicos de esa cultura, y que cualquier arqueólogo ha de ser capaz de identificar. Es por ello por lo que el segundo capítulo de esta obra tiene por título «Arqueología de la Construcción».

La ciudad fue el núcleo vertebrador de la cultura romana, del *modus vivendi* de su sociedad. Bajo el título «Urbanismo» se presenta este tercer capítulo. Una sola palabra, con esa fuerza, que no necesita más, dado su significado y significancia. Por una parte, su concepto, vivir en comunidad en un núcleo articulado para ello, por otra, lo que lleva implícito, y que es la acción de urbanizar, esa parte tangible de unas decisiones políticas, intangibles, propiciadoras de la creación de estos núcleos urbanos. Tal como ocurre en todos los capítulos de este libro, la división en apartados, cada uno de ellos firmado por especialistas en el tema, lo engrandece. En este caso concreto de urbanismo, el ejemplo es claro; la lectura de los títulos de cada uno de ellos conduce a una visión global de lo que era la vida en la ciudad, y en el mundo romano en general. Vida pública, vida privada, ocio, trabajo, etc.

La continuidad de ese relato encamina hacia el siguiente título, el de las creencias. Un apartado de la vida que, en ese período histórico, estaba insertado en los quehaceres cotidianos de cualquier habitante de *Hispania*, para, al fin, acompañarlos en el tránsito hacia la muerte.

Pero ese imperio, que llegó a ser el romano, no hubiera alcanzado ese amplio espacio geográfico sin la existencia de un ejército bien estructurado, apoyado en una arquitectura militar, y en sus ingenieros. De ahí que justo esté inserto aquí este capítulo de «Arqueología Militar», por todo lo que implicó especialmente en el crecimiento de Roma, y en la defensa de sus territorios, con grandes ejemplos en la península ibérica. Avance militar, avance político, sustentado por el desarrollo de una estructura administrativa, coordinada desde Roma, la *Vrbs*. Transporte y comunicación fue otro de esos puntales que sostuvieron esa maquinaria. Vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, tal como las presentes en *Iberia*, que hicieron que creciera ese poder, dada la facilidad de conexión entre todas las partes del imperio, factible gracias a este tipo de infraestructuras.

Llegar a un lugar, e instalarse, implicaba poder sobrevivir, siendo el agua ese líquido elemento imprescindible para ello. Captarla, almacenarla, conducirla sin problemas, significó un avance espectacular en la ingeniería hidráulica, aplicándose empíricamente

en nuestros territorios de tal manera que, aún a día de hoy, esas infraestructuras podrían estar en pleno funcionamiento, tal como ocurre con algunas de ellas.

Lo referido hasta esta parte de este libro, la vida en la época romana, no hubiera tenido sentido sin una base económica. Sin una seguridad de subsistencia todo se hubiera desmoronado. Si se conquistaron y anexionaron territorios, si se aplicaron unos modelos de administración en esos lugares, eso fue gracias a la introducción de un modo de entendimiento colectivo, como lo fue el derecho. Pero todo ello funcionando debido a que cada comunidad incorporada a ese mundo romano, debía mantenerse por ella misma, debía ser capaz de generar unos recursos que sostuvieran una economía propia que le permitiera subsistir. No debe extrañar, por tanto, la desaparición de ciudades. Si no supieron sobrevivir más allá de la función para la cual fueron creadas, su fin era predecible, tal como ocurrió en muchas ocasiones, especialmente si no fueron capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias que el devenir del tiempo fue fraguando, substancialmente las económicas.

Para todo ello se generaron unas infraestructuras generales, propiciadas desde el estado, no olvidemos su interés recaudatorio/fiscal. Partes de ellas quedando aún visibles al haber quedado fosilizadas sobre el campo, como lo son las parcelaciones rurales, con todo el entramado vial que conllevó al plasmarlas sobre los territorios. Divisiones parejas a las urbanas, base ambas, de los catastros, generadores de una parte de esos beneficios fiscales citados. En el capítulo de «Mundo Rural», esa problemática queda reflejada. Las fincas, sus explotaciones agropecuarias, etc., fueron una parte importante del sustento económico romano. De ahí que se enlace en esta obra ese capítulo con el siguiente, inmenso, de «Arqueología de la Producción», con quince interesantes y sugerentes apartados. Una economía que se sustentó, en gran medida, sobre la base de los recursos naturales, en donde la agricultura tuvo un peso específico importante, como es reconocido por todos. Y así se presenta en este gran capítulo, que cumple con creces lo que se quiere expresar a través de él. Es el reflejo de una realidad, la de la vida cotidiana de muchos de los pobladores de la península ibérica en época romana, dedicados a la producción de recursos.

Y la realidad, al mismo tiempo, de las intervenciones arqueológicas. Y a eso es a lo que se van a enfrentar la mayoría de alumnos que estén en formación arqueológica, y que es a lo que se enfrentan, en un porcentaje muy elevado, al intervenir sobre los yacimientos arqueológicos. Una realidad vista a través de productos generados en el pasado, bienes utilizados en el día a día, reflejo de la cotidianidad. El saber hoy de la funcionalidad de cada uno de ellos, en gran medida, es resultado de la aplicación de diversidad de análisis. Pero, dentro del proceso protocolario que tiene la arqueología, para llegar a ello, es necesario trabajar de modo tradicional en la identificación formal de esos objetos. Sin ese procedimiento previo, no se alcanzarían los conocimientos que hoy se tienen sobre esos bienes arqueológicos, y lo que nos transmiten, desde el punto de vista histórico. Es por ello por lo que se dedica, en este texto, unas secciones a esos reconocimientos morfológicos y tipológicos de determinados bienes.

Acaba este libro con un capítulo dedicado a las representaciones escultóricas. No podemos olvidar a Johann J. Winckelmann, iniciador de lo que hoy consideramos

«Arqueología Clásica», quién, en el siglo XVIII, fue capaz de fijarse en los detalles de los objetos, siendo, en gran medida, las esculturas su base de trabajo. Ese fue el primer escalón de esa escalera que aún se sube referida al conocimiento el mundo romano, y que es la Arqueología Romana.

Cincuenta y ocho, sí, ese es el número de autores (incluidas las editoras, también partícipes en la redacción de apartados), que han conseguido crear esta obra. Ya se ha dicho al inicio, no es solo concebir idealmente un libro como este, es reunir a los especialistas de cada una de las materias tratadas, es estructurar todo el material generado, y darle homogeneidad y coherencia al total de la obra. Y eso significa que, quienes han ejercido la función de editoras, fueron capaces de concebir unos criterios previos útiles para todos los participantes. Del resultado vamos a disfrutar todos, sean estudiosos de la materia, o simples curiosos de la misma. A través de esa obra se va a descubrir un pasado, el de la época romana, en la península ibérica, conducidos por una serie de temáticas, reflejo de lo que fue ese mundo, reflejo de lo que fue *Hispania*.

MARGARITA ORFILA

## INTRODUCCIÓN

La gestación del *Marco de Educación Superior de Enseñanza Europea* y su aplicación al sistema universitario español ha venido marcando las directrices en materia docente de la Universidad Española en los últimos años. Este contexto legislativo fue el propicio para dar solución a algunos problemas de corte metodológico y abrir nuevos espacios de debate que atañían a determinadas disciplinas que no habían alcanzado su «mayoría de edad» con la adquisición de titulaciones y grados autónomos. Este podemos decir que fue el caso concreto de la Arqueología, una profesión que bebía de las carreras humanísticas y que suponía para algunas titulaciones la segunda salida profesional más demandada como nos pone de relieve el *Libro Blanco*.

Este marco de reflexión supuso que, de manera acertada, la Universidad Complutense de Madrid ofertara un nuevo grado, el de Arqueología, pionero en la península ibérica el curso académico 2010/11. A esta Universidad se le unieron otras tantas entre las que se encuentran las de Granada-Jaén-Sevilla, la Universitat Rovira i Virgili (Tarragona), la Universitat Autònoma de Barcelona o la Universitat de Barcelona (UAB), a las que hay que sumar algunas titulaciones propias como el Diploma de Arqueología de la Universidad de Navarra.

La juventud de la que gozan estos grados ha hecho que el profesorado aún se encuentre gestionando sus herramientas docentes. Y es este hándicap el que nos ha movido como editoras a diseñar este manual. En concreto, nos retrotraemos a nuestra experiencia docente del curso académico 2017/2018 y de manera más puntual a la asignatura de *Arqueología Clásica de la Península Ibérica*, optativa del Grado de Historia de la Universidad de Granada. Los alumnos, de manera recurrente, preguntaban sobre la existencia de un manual específico de la asignatura a similitud de los que estaban acostumbrados a manejar para otros periodos cercanos a esta materia, caso del de Guiral y Zorzalejos (2003) para las primeras culturas urbanas y Grecia o el de Zorzalejos, Guiral y San Nicolás (2010) sobre la historia de la cultura material del mundo clásico. Estos manuales aportaban unos datos sólidos para el diseño de esta asignatura, sin embargo, trataban muy epidérmicamente el caso de la Península Ibérica por cuestiones espacio-temporales y, sin lugar dudas, por las necesidades docentes enmarcadas en la Universidad Nacional Educación a Distancia.

El libro más cercano a nuestra temática y a las necesidades docentes correspondía a la síntesis de Gutiérrez, *Hispania Arqueológica. Panorama de la cultura material de las provincias hispanorromanas* que, sin lugar a dudas, suponía una actualización de la arqueología hispanorromana hasta el año 2011 y que ha supuesto una fuente de inspiración para el desarrollo de este manual. Con este sustrato historiográfico y teniendo presente su filosofía, planteamos en mayo de 2018 a la Editorial de la Universidad de Granada la posibilidad de diseñar un volumen que se insertara dentro de la línea de Manuales que desde hace varios años lleva publicando.

La idea era generar un volumen en el que participaran compañeros y especialistas en cada uno de los puntos temáticos que se suelen abordar en una asignatura de este calibre. Se pretendía así generar un manual que no debía ser útil solo a nuestros alumnos, si no también a todos aquellos que cursaban materias similares en diferentes universidades españolas y portuguesas.

Desde un primer momento tuvimos claras dos cuestiones, que seguiría un hilo conductor temático y no cronológico, y que este debía ser un manual «coral». Es por ello que, tras acotar y definir los que consideramos eran los temas más importantes en la investigación de la Arqueología Romana de la Península Ibérica, invitamos a participar en el volumen a algunos de los principales especialistas en cada una de estas líneas temáticas. Somos conscientes de que hemos podido dejar en el camino investigadores y profesores, sin embargo, las limitaciones espaciales de este volumen que definimos como manual no nos han permitido contar con todos ellos, ni tampoco abordar temáticas específicas que, aún creyéndolas de interés para nuestras líneas de investigación, consideramos suponían una alta especificidad para esta asignatura.

El resultado es un manual organizado en torno a ocho grandes bloques temáticos, a los que se añade una introducción metodológica (M. Zarzalejos), una contextualización histórica de época prerromana (A. Sáez y F. J. García), romana (P. Pavón) y tardorromana (J. Martínez) y unos apuntes historiográficos de la formación de la disciplina (C. Morán) que tienen la intención de facilitar la consulta de datos históricos y metodológicos que se abordan de manera específica en otras asignaturas —algunas de ellas no cursadas en el mismo curso académico— y que, por las necesidades logísticas de nuestras asignaturas, no se terminan incluyendo.

El **primer bloque** puramente arqueológico trata la Arqueología de la Construcción, analizando temas como las técnicas constructivas (E. Sánchez y M. Gutiérrez), los órdenes arquitectónicos (C. Márquez) o las decoraciones musivas (I. Mañas) y pictóricas (A. Fernández).

El **segundo apartado** analiza la ciudad y su entramado (J. L. Jiménez), revisando los diferentes espacios públicos y de representación (A. Ventura), los edificios lúdicos (A. Monterroso), los complejos termales (V. García), los espacios mercantiles (O. Rodríguez), los lugares artesanales (M. Bustamante) o la arquitectura privada (P. Uribe). Además, traemos a colación un tema que creemos de actualidad y que, en muchas ocasiones, es desconocido al alumnado, la gestión de los residuos urbanos (J. Acero).

El **tercer bloque** aborda el mundo de las creencias, tanto frente a la vida como cara a la muerte. De manera específica se tratarán los cultos oficiales (M. Oria), la



religión en ámbito privado (M. Pérez) así como el mundo funerario en época romana (D. Vaquerizo y A. Ruiz).

El **cuarto bloque** tiene como objetivo el análisis de la Arqueología Militar y su impacto en la península ibérica, en concreto se ha analizado tanto desde el punto de vista arquitectónico (A. Morillo) como de la cultura militar (F. Quesada).

El **quinto bloque** atiende a la ingeniería de época romana, específicamente la vinculada a las obras hidráulicas (E. Sánchez) así como al mundo de los transportes por vía terrestre (N. Romaní y P. de Soto) como de los vinculados al mundo marítimo y fluvial (C. Cabrera).

El mundo de rural también se ha querido abordar a partir del **bloque sexto**. De manera más concreta se ha analizado la estructuración del campo y las parcelaciones (E. Ariño y E. Chávez) así como los asentamientos de diversa entidad ubicados en el campo (R. Hidalgo).

El **bloque séptimo** ha sido uno de los más complejos de abordar por las múltiples facetas que lo componen. Nos referimos a la Arqueología de la Producción. Primeramente se desarrolla un capítulo introductorio sobre cuestiones de carácter teórico y conceptual (E. García). El siguiente apartado tiene que objeto el análisis de la economía romana a partir del sistema monetario (A. Arévalo y B. Mora). No hemos querido dejar de lado la implementación de las nuevas disciplinas que abordan la problemática de la arqueología de la alimentación y los residuos (A. Pecci). A partir de ahí se van analizando de manera específica muchas de las actividades económicas más comúnmente valoradas para la *Hispania* romana caso de la minería (L. Arboledas), la cantería (A. Gutiérrez), la explotación de la sal (E. García) y los productos haliéuticos (D. Bernal) o la producción de carácter agropecuario (Y. Peña). La producción de bienes cerámicos también está presente con apartados específicos sobre las estructuras de producción (J. J. Díaz), los envases de transporte (D. Bernal), la vajilla fina con las sigillatas (M. Bustamante), paredes finas (J. A. Mínguez), cerámicas comunes (C. Viegas) o las lucernas (A. Morillo). También hemos querido incluir uno de los productos alimentarios más comunes en época romana, los derivados de la panificación (M. Bustamante y J. Salido). A partir de ahí se abordan también los metales (R. Sabio), la orfebrería (M. A. Castellano), el vidrio (J. A. Paz y E. Ortiz), la eboraria (M. Jiménez) así como la producción y tratamiento de textiles (C. Alfaro y J. Martínez).

Para finalizar, el **bloque octavo** versará sobre las representaciones escultóricas públicas y honoríficas (D. Ojeda) así como las privadas (M. Clavería).

A lo largo de todos los capítulos, más de cuarenta, ha primado la generación de un discurso didáctico, que se apoya en imágenes, glosarios, diagramas y recuadros que aportan de forma sintética información sobre aspectos complementarios, en un intento de acercar la arqueología clásica a un público poco familiarizado con el tema o en proceso de formación. Entre los recuadros destacamos los vinculados a la arqueozoología en época romana (C. Detry), la producción de la miel (J. Martínez), la medicina en época antigua (A. Bejarano), aspectos vinculados a la Arqueometría (A. Dorado) o la problemática de la superposición de ciudades históricas (M. Lara), entre otros. Además,

cada capítulo se acompaña de una bibliografía específica que pueda servir a aquellos interesados en seguir profundizando en los temas aquí tratados.

Con todo ello presentamos un volumen en los que han participado 58 autores procedentes de 16 universidades españolas (Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Barcelona, Universidad de Cádiz, Universidad de Córdoba, Universidad de Granada, Universidad de La Laguna, Universidad de Málaga, Universidad de Murcia, Universidad de Salamanca, Universidad de Sevilla, Universidad de Valencia, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Universidad Pablo de Olavide), cinco Universidades extranjeras (UNUARQ-Universidade de Lisboa, Universidade Nova de Lisboa, Universidade de Coimbra, University of Cambridge y University of Oxford), tres museos estatales (Museo Arqueológico Nacional, Museo de Antropología y Museo Nacional de Arte Romano), uno regional (Museo de Zaragoza), un centro de investigación (Instituto de Arqueología de Mérida-CSIC) así como entidades públicas dedicadas a la gestión del patrimonio (Consortio de Mérida).

Para finalizar queremos agradecer a todas aquellas personas que han hecho posible la redacción de este manual. Primeramente, al más de medio centenar de autores que han participado en la redacción del mismo cumpliendo escrupulosamente con los tiempos y las normas de redacción, aunque no queremos olvidar a todos aquellos autores que se embarcaron inicialmente en esta aventura y que, que por circunstancias personales y profesionales, no han podido continuar. En segundo lugar, queremos agradecer la apuesta firme por la Editorial de la Universidad de Granada por apoyar esta empresa hace poco más de medio año y el empeño en que esta obra sea una realidad. Especialmente queremos mencionar a la Profa. María Isabel Cabrera García, directora de la Editorial de la Universidad de Granada por aceptar la propuesta y a C. I. Lorca, seguidora de ediciones, por su ayuda, empeño y eficacia. También queremos expresar nuestro agradecimiento a P. Fernández, por su paciencia durante todo el proceso de maquetación.

Y para finalizar a todos aquellos alumnos que han cursado, cursan y cursarán las asignaturas que atañen a la romanidad en la Península Ibérica que han sido los que han motivado esta herramienta.

ELENA H. SÁNCHEZ LÓPEZ  
MACARENA BUSTAMANTE ÁLVAREZ

# INTRODUCCIÓN METODOLÓGICA

MAR ZARZALEJOS PRIETO

## 1. INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE ARQUEOLOGÍA CLÁSICA

### 1.1. Del anticuario a la ciencia histórica

Desde el punto de vista etimológico, el término *Arqueología* deriva de los vocablos griegos ἀρχαῖος (antiguo o viejo) y λόγος (argumentación o discurso), por lo que significa literalmente «discurso sobre las cosas antiguas». Obviamente, la interpretación del término no ha sido históricamente tan lineal como su transcripción daría a entender, pues un concepto no deja de ser una construcción cultural cuyo significado varía con la evolución del pensamiento o por influjo del contexto social e ideológico en que se inscribe. Resumiremos en trazo grueso los hitos de esta evolución porque esbozan una visión panorámica entre los puntos de partida y la situación presente de la disciplina, ayudando a comprender la impronta de algunas de las tendencias o enfoques que han incidido en su configuración a lo largo del tiempo.

Remontándonos a las etapas más pretéritas de su recorrido, el término como tal fue acuñado por los griegos para referirse a los momentos más antiguos de su historia y, así, Platón (427-347 a.C.) lo aplicará con el significado de Historia de los héroes, de las razas y de los antiguos orígenes de la ciudad. Andando el tiempo, historiadores como Dionisio de Halicarnaso (*ca.* 60-7 a.C.) denominan «Arqueología romana» a la Historia de Roma entre sus comienzos y la II Guerra Púnica, por lo que se puede concluir que los autores clásicos empleaban el término *archaiologia* con el significado de «Historia Antigua». Como tal, inscribieron en él las materias cuyo objeto de interés era el pasado y que intentaban explicar los aspectos de la vida de una nación a través de los testimonios de la lengua, los hechos y las costumbres. No faltarán acciones puntuales de interés por compilar vestigios antiguos, como la recolección de restos óseos de monstruos marinos extintos y de armas de antiguos héroes ordenada por el emperador Augusto (63 a.C.-14 d.C.) en Capri, según relata Suetonio (*Aug.* 71).

Se suele afirmar que durante la Edad Media el concepto y la práctica de la arqueología desaparecieron, limitándose el interés por el pasado a la reutilización como iglesias de algunos edificios —como el Panteón de Roma— y a la conservación de la tradición clásica en las bibliotecas de monasterios. Se debe a S. Settis la elaboración

de un modelo interpretativo según el cual el proceso que caracteriza la relación con lo antiguo durante la Edad Media puede resumirse en tres estadios: continuidad, distancia y conocimiento. La continuidad solo tuvo lugar en la Alta Edad Media, dominada aún por la presencia física de lo antiguo en forma de monumentos. A los saqueos y destrucciones de los bárbaros siguieron las de los nuevos habitantes de las viejas urbes y el campo, enfocadas a la rapiña de objetos preciosos, a la destrucción de ídolos paganos y, sobre todo, a la recuperación utilitaria de la arquitectura superviviente. Dentro de este ambiente de escaso interés por la valoración de los restos del pasado, se perciben, no obstante, algunos destellos que reconocen en la Antigüedad una cierta *auctoritas* en el plano ideológico. El caso más claro en este sentido fue la figura de Carlomagno, que excavó e importó mármoles preciosos de Roma y remodeló sobre piezas antiguas los bronceos para su corte de Aquisgrán, mostrando un fenómeno precoz de «anticuariato». Pero claramente se trató de casos aislados.

Como sucedió en otras ramas del conocimiento, el Renacimiento supuso en Europa una inflexión en el interés por el Pasado, entendido éste como el periodo de florecimiento del clasicismo grecorromano. Tradicionalmente, se ha puesto el énfasis en el afán coleccionista de la nobleza y la Curia papal, que patrocinaron estudios sobre las construcciones antiguas emergentes y excavaciones cuyo fin no fue el conocimiento histórico sino la búsqueda de objetos antiguos. Sin embargo, la lectura de esta situación no es tan negativa a ojos de algunos autores, que ponen en valor el afán de conocimientos sobre la Humanidad y su historia que siguió a esta actividad recopilatoria de objetos del pasado. Así, el siglo xv alumbró la figura del anticuario, con un perfil poliédrico de intelectual, viajero, filólogo, artista, arquitecto y hombre de letras, que desarrollaba su labor al amparo de un mecenas. Dicho perfil se ejemplifica bien con figuras como la de Ciriaco de Ancona (ca. 1391-1455), cuyo trabajo de recopilación de inscripciones públicas, aunque mayoritariamente perdido en un incendio, le convierte en un precursor de la arqueología griega.

El fenómeno del coleccionismo se mantiene incólume en la Roma del siglo xvi, estimulado desde comienzos de la centuria por el efecto que siguió a la aparición en 1506 del magnífico grupo del Laocoonte. Aquella monumental obra esculpida por los antiguos se convierte en objeto de atención sobre la capacidad técnica y la dimensión artística de sus autores, cristalizando en un cierto interés por la conservación de las antigüedades. Pero los trabajos de medición, dibujo, estudio técnico y copia de obras clásicas que se hicieron en aquellos años no deben llevar a engaño, ya que en no pocas ocasiones estas tareas se acompañaron de destrucciones y expolios de los monumentos. El paradigma del coleccionismo lo representa la familia Farnese, algunos de cuyos miembros impulsaron excavaciones en lugares emblemáticos como Villa Adriana (Tívoli) o el Foro de Trajano y las Termas de Caracalla en Roma. Este afán coleccionista también alcanzó España, insuflado por la llegada de piezas clásicas desde las posesiones italianas que embellecían, a la manera de los *giardini*, los jardines de nobles y eruditos, como el de los duques de Alcalá en la Casa de Pilatos (Sevilla).

Durante el siglo xvii, la continuidad de la vertiente anticuaria y filológica sigue marcando el rumbo en Italia pero al interés por las antigüedades romanas se suma el

suscitado por los restos griegos y etruscos. La centuria representa también el desarrollo en Francia de los estudios de carácter arqueológico, amparados por la creación en 1665 de L'Academie des Inscriptions et Belles Letres. En Gran Bretaña el fenómeno está representado por una serie de eruditos anticuarios que investigan los restos antiguos de su país, como W. Camden o W. Stukeley.

En el siglo XVIII, una nueva forma de cultura humanista entró en competencia con la tradicional, generando en el seno de la «anticuaria» una auténtica revolución social. La figura del anticuario de corte, cada vez más alejada de la elaboración intelectual de las antigüedades, quedó relegada al papel de mero intermediario o ejecutor de las adquisiciones. Surgirá ahora una nueva clase de estudiosos, interesados por adquirir una formación cimentada más en el estudio directo de las obras antiguas que en el de las fuentes literarias y que participan muy activamente en las cultas sociedades de estudios. Los viajes se convertirán en un recurso para lograr ese contacto directo con los monumentos antiguos y este interés tendrá su reflejo en acciones como el *Grand Tour*, que arranca en el último tercio del siglo XVII y consolida en el XVIII un itinerario desarrollado por los jóvenes aristócratas del norte de Europa que recorren, entre otros lugares, Francia e Italia, admirando obras antiguas, monumentos y ciudades. Muchos de ellos volvían a sus lugares de origen con grabados de G. B. Piranesi a modo de *souvenir* (fig. 1). Desde el punto de vista filosófico, la Ilustración consagra un nuevo interés por la Antigüedad en tanto que modelo estético, ético y político, perspectiva ésta que surge con el propósito de superar la visión decadente del ser humano y establecer una idea de progreso. Esta renovación generó el caldo de cultivo para las ideas evolucionistas, que, si en el campo de la biología origina obras como *El origen de las especies* de C. Darwin, en el de los estudios sobre la Antigüedad supuso una progresiva sistematización del trabajo derivado del anticuariato y el empleo de una metodología incipiente, así como la concepción de un pasado sometido a la evolución y no regulado por un orden perfecto del Universo. En este ambiente tendrán lugar las grandes expediciones y excavaciones financiadas por privados o por sociedades culturales y la creación de los grandes museos europeos, alimentados por las colecciones atesoradas por la nobleza y las casas reales. Las excavaciones en Pompeya y Herculano promovidas entre 1738 y 1754 por Carlos III constituyen un acontecimiento importante, pero el hito más destacado del siglo XVIII será sin duda la figura y obra de J. J. Winckelmann (1717-1768), ya que marcará un nuevo rumbo en la interpretación y estudio de los monumentos antiguos, vinculando genéticamente la Arqueología Clásica con planteamientos estéticos propios de la Historia del Arte (fig. 2). Winckelmann, que ha sido considerado el «padre» de la Arqueología Clásica, consagró una idea de la Antigüedad circunscrita al mundo grecorromano y organizada en cuatro periodos, el último de los cuales, tildado de decadente, correspondía al arte romano. Esta visión, heredada en parte de grandes admiradores de las obras de la Grecia clásica como Plinio o Pausanias, estuvo presente durante mucho tiempo en los ambientes de Arqueología Clásica, que minusvaloraron el arte helenístico y romano como obras derivadas en cierta medida del arte griego. Pero al tiempo, la vía abierta por el investigador alemán aportó los principios básicos para la ordenación cronológica de las obras antiguas, que hasta la fecha permanecían sumidas en un auténtico caos.



Fig. 1. Mausoleo de Cecilia Metela (1762). Giovanni Battista Piranesi.

A pesar de estos avances, la trayectoria de la Arqueología como disciplina científica no pudo ser anterior a la formulación general del método científico, ni configurarse como tal antes de que se definiera su objeto de estudio y se elaborasen sus técnicas de trabajo, acciones todas ellas que tuvieron lugar ya en el siglo XIX. Este siglo fue espectador del avance importante de las excavaciones arqueológicas, con un especial protagonismo de las grandes misiones de países europeos y las actuaciones de célebres arqueólogos en el Próximo Oriente, Grecia y el Egeo. Entre los frutos figura un enorme volumen de restos muebles e inmuebles recuperados de grandes urbes antiguas que germinaron las grandes colecciones museísticas de Europa. Será el tiempo también de la creación de las academias de Arqueología y de las escuelas arqueológicas extranjeras en Grecia e Italia. Pero no debe olvidarse que estas actuaciones se encuadran en una actitud colonizadora que originó actos predatorios por parte de algunos estados europeos. El nacionalismo creciente hallará en las teorías arqueológicas un instrumento para justificarse, pues el pasado de cada pueblo podía ser interpretado de un modo ajustado a las necesidades del presente. No es de extrañar, como destaca Gamble (2002, 15), que los restos arqueológicos se convirtieran en un objetivo prioritario de la búsqueda respaldada por las instituciones de algunas naciones para lograr la delimitación de las áreas culturales que han abarcado desde el remoto pasado sus respectivos pueblos.



Fig. 2. J. J. Winckelmann. Retrato de A. Kauffman (1764).

La ciencia arqueológica se configurará como tal durante el siglo XIX, en un escenario presidido por los cambios económicos y sociales derivados de la Revolución Industrial y el aumento de la competitividad entre las naciones europeas. La elaboración teórica a partir de este siglo y durante buena parte del XX afectará prioritariamente a la Arqueología Prehistórica, área que liderará la reflexión sobre el marco teórico y epistemológico y la adecuación de la metodología a sus fines, mientras la Arqueología Clásica permanecerá durante largo tiempo al margen de estos intereses. Por razones de espacio no abordaremos los diferentes movimientos teóricos que han ido articulando los enfoques de los estudios sobre el Pasado a lo largo del siglo XX como el Difusionismo, la Nueva Arqueología o el Materialismo Histórico, pasando por el Estructuralismo, las posiciones postprocesualistas y la ramificación de las diversas posturas críticas abiertas en el presente. En todo caso, es materia suficientemente tratada en la mayor parte de los manuales que se citarán como referencia complementaria al final de estas páginas y la consideramos de obligado conocimiento para entender los enfoques temáticos, el sentido y el alcance de las preguntas que se han ido formulando con el tiempo al registro arqueológico. Cabe reconocer que en una abrumadora mayoría, estas reflexiones teóricas han surgido en ambientes ajenos al de la Arqueología Clásica. De hecho, como ya subrayó un renovador tan destacado de la disciplina como A. Snodgrass (1985, 31-37), la mayor parte de los autores que

encabezaron los movimientos de renovación teórica a partir de los planteamientos antropológicos impulsados desde la Nueva Arqueología prácticamente ignoraron la existencia de una Arqueología Clásica, dando por hecho que su práctica y objetivos eran ajenos a la tarea de pensar cómo se investiga la historia. El grado de asiento del paradigma histórico-cultural en el campo de los estudios sobre antigüedades clásicas puede parecer importante en momentos avanzados del siglo pasado. Sin embargo, la situación de la disciplina no fue la de un bloque monolítico apegado en exclusiva a los intereses de la Historia del Arte. A. Carandini (2008, 44-45) hace notar que en el ámbito de los estudios sobre el pasado grecorromano se mantuvieron, durante buena parte del siglo XX, dos tendencias en paralelo. Una se relacionaba con la historia de la «cultura figurativa» antigua bajo la óptica de la *Kunstarchäologie* alemana y se centraba en el ámbito mediterráneo, más rico en grandes producciones artísticas al albergar el corazón de las culturas griegas y romana. La segunda se interesaba por todas las producciones humanas y comenzó a desarrollarse en las áreas periféricas de lo que fue el Imperio romano y zonas septentrionales de Europa, materializándose en investigaciones sobre las construcciones pero también sobre las técnicas, los instrumentos de trabajo y los objetos cotidianos.

El cambio de rumbo tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XX, con la apertura de un debate sobre el modo de entender la interdisciplinariedad y los métodos de la Arqueología Clásica. Un importante ámbito de reflexión que entronca con la tendencia interpretativa encuadrada en el materialismo histórico, liderada por arqueólogos italianos. Esta escuela se desarrolla en torno a la emblemática figura de R. Bianchi Bandinelli y se perfilará después por obra de su discípulo, el ya citado A. Carandini, entre cuyos méritos se encuentra el de haber creado una verdadera escuela arqueológica que revolucionó la Arqueología Clásica en la década de los 80, poniendo en práctica nuevas metodologías de campo interdisciplinares, capaces de afrontar el estudio de los restos del pasado con enfoques totalmente renovados. Carandini orientó su crítica hacia el modo en que los estudios de Arqueología Clásica habían girado en torno a la Historia del Arte, marginando el interés por conocer la vida cotidiana de los seres humanos, pese a que éstos representan la mayor parte del registro arqueológico. Al hilo de esta argumentación, pondera el concepto de «Cultura Material», cuya introducción en el estudio de la Antigüedad implicó la necesidad de ampliar el campo de la investigación a la totalidad de los contextos antiguos y no únicamente a objetos con valores estéticos, muchas veces descontextualizados. El movimiento no implicó realmente un ataque a la Historia del Arte como disciplina, sino a la separación idealista de funciones que reducía la Arqueología a la simple aplicación de técnicas de recuperación de materiales que después serían ordenados y valorados por sus cualidades estéticas en el marco de la Historia del Arte. Un resultado fundamental de estas reflexiones fue la defensa del papel de lo ordinario y cotidiano como una de las bases de conocimiento imprescindibles para abordar la reconstrucción histórica, reconociendo que cualquier resto sin valor estético posee un valor intrínseco como fuente documental. En palabras de E. Giannichedda (2001, 104-108), *la Historia de la Cultura Material busca la reconstrucción histórica desde el punto de vista de quien la ha vivido sin poderla transmitir a la posteridad a no ser, inconscientemente, con sus propios restos materiales*. Según esta acepción, la historia



de la cultura material es la investigación relativa a las condiciones de vida de la mayoría de la población, no limitada a hechos aislados, centrada en las infraestructuras y, evidentemente, en el estudio de objetos concretos. Esta reconceptualización ha roto, en parte, con los sesgos que introducía el potencial interés monumental a la hora de seleccionar los yacimientos o las líneas de investigación, que primaban los estudios sobre materiales con cualidades estéticas, habitualmente adscritos al ámbito vital de las capas privilegiadas de la sociedad. En una especie de psicoanálisis de la disciplina, D. Manacorda (2014, 11) dirá que la Arqueología Clásica sufre un complejo de pérdida de hegemonía dado que ha dejado de ser el centro en torno al cual rotan las otras arqueologías «satélites» y subordinadas. En todo caso, el autor italiano deja claro que la Arqueología Clásica es uno de los custodios más auténticos de los valores del Clasicismo. La Antigüedad Clásica es, sin retórica, una fuente inestimable de valores, conceptos e ideas que, aunque antiguas, no tienen nada de viejas.

Otras escuelas de Arqueología Clásica como la británica y la francesa han abierto también varias vías de renovación importantes en la disciplina. La primera ostenta un cierto rol protagonista en los cambios de paradigma, en parte, por la anglización de los resultados de investigación, que han impulsado el inglés como lengua franca del intercambio científico también en nuestra disciplina frente al italiano o el francés imperantes en otras épocas. En su seno, destacan las aportaciones de investigadores como A. Snodgrass, I. Morris, M. Shanks o R. Osborne en las dos últimas décadas del siglo pasado. No queremos dejar de mencionar el nombre de investigadoras como M. Beard, posiblemente la estudiosa del mundo clásico hoy más conocida por el gran público y que representa el puente más sólido entre la Arqueología Clásica y la sociedad gracias a su apuesta por la alta divulgación científica. Otra investigadora británica destacada es J. DeLaine, cuyos estudios sobre los edificios termales abrieron la óptica de análisis a los procesos de creación de estas monumentales instalaciones que representó el arranque de la Arqueología de la Construcción en sus principios vigentes.

En un plano más teórico, A. Snodgrass ha insistido en el interés para la Arqueología Clásica de ampliar sus objetivos y contribuir al debate con sus propias aportaciones e innovaciones metodológicas. En este último campo, este autor ha realizado algunas de sus más importantes contribuciones, materializadas en los nuevos planteamientos aplicados a las prospecciones arqueológicas realizadas en diferentes regiones griegas. En el presente, los análisis sobre la organización territorial en el marco de las culturas clásicas constituyen ya una vía de investigación perfectamente consolidada en el seno de la disciplina a nivel europeo. A su desarrollo ha contribuido de forma importante la escuela francesa, realizando trascendentes aportaciones metodológicas al estudio morfológico de los paisajes antiguos, como las llevadas a cabo por el grupo de investigación dirigido por G. Chouquer. A la escuela francesa se le debe también el interés por el estudio de los pequeños artefactos y objetos, que habitualmente pasan desapercibidos entre los grandes conjuntos materiales de las excavaciones, pero que formaron parte de los diversos escenarios de la vida cotidiana. Este tema ha sido impulsado por M. Feugère desde el CNRS y tiene un interesante cauce a través del proyecto *Artefacts. Encyclopédie collaborative en ligne des objets archéologiques*. Resta

un breve apunte sobre la escuela alemana, que consolidó durante largo tiempo sus posiciones al frente de la Arqueología Clásica fundamentada en el estudio de monumentos y de la gran escultura grecorromana sobre bases tipológicas y estéticas. Pese a que tradicionalmente se ha visto como un sector inmovilista, ha introducido interesantes aportaciones cómo la contextualización impulsada por P. Zanker de esas grandes creaciones en sus escenarios sociales e ideológicos, por no hablar de la línea la investigación sobre las vajillas de mesa romanas, algunos de cuyos fundamentos de seriación cronotipológica permanecen aún hoy vigentes.

El despertar de la Arqueología Clásica española del letargo metodológico que había aquejado a la disciplina en el contexto europeo general fue algo más tardío. No puede decirse lo mismo del letargo teórico, ya que las aportaciones a este campo no han tenido ni tienen un gran protagonismo en el área; pero esto no quiere decir que la Arqueología Clásica española se mantenga mayoritariamente aferrada a los presupuestos histórico-culturales del pasado. Aunque aún pervive en un pequeño sector una práctica continuista de los planteamientos positivistas que cultiva el análisis *per se* de piezas o edificios aislados, los intereses de la investigación han basculado hacia campos influidos por los marcos teóricos elaborados en el campo de la Prehistoria o de la Historia misma. Los cambios se han hecho notar desde la última década del siglo pasado, con la apertura de nuevas líneas de investigación que implican visiones multidisciplinarias y la aplicación de nuevas técnicas de datación y análisis del registro. Parece superado ya el tiempo en que no se formulaban hipótesis de partida a partir de un análisis crítico del estado de la cuestión, sino que se hacía hablar a los restos para confirmar o refutar la documentación literaria. La Arqueología Clásica se configura hoy como una disciplina histórica interesada en el conocimiento mediante su cultura material de las sociedades que poblaron el ámbito mediterráneo o interactuaron con él entre mediados del II milenio a.C. y el siglo VII d.C. y que hace uso de un conjunto ordenado de procedimientos aplicado a dicho objeto de estudio. El conocimiento que se obtiene por este medio debe aspirar a ser objetivo, pero no es infalible. Destaca J. Aróstegui (2001, 332) que la propia objetividad no deja de ser una construcción, por lo que más que una cuestión de voluntad lo es de método. Por tanto, dado que la Historia no puede revivir el pasado, no es factible pensar en una reconstrucción certera e inamovible de los contextos que se excavan, en cuya interpretación es difícil que no intervenga la posición intelectual y el sedimento cultural de quien lo investiga. De hecho, las posiciones posmodernas más combativas consideran que la ideología debe orientar el discurso histórico, generando espacios para el compromiso político. Esto nos sitúa ante el debate, siempre latente, sobre la científicidad de la Historia, que historiográficamente sigue basculando entre quienes defienden el relativismo a ultranza del conocimiento histórico frente a la ciencia natural y aquellos que consideran que puede operarse con mecanismos y procedimientos semejantes a los ésta. En la búsqueda de alternativas algunos autores propugnan que *la práctica de las ciencias humanas se debe basar en la realización de estudios empíricos informados por modelos teóricos robustos* (CRIADO, 2013, 103). Por nuestra parte, estimamos que el conocimiento arqueológico no es un conocimiento cerrado, por lo que es posible (y deseable) cambiar el sentido

de las preguntas, reformular los viejos planteamientos o reinterpretar el registro y la documentación cuantas veces sea preciso hasta aproximarnos en la medida de lo posible a su contexto histórico y cultural.

Como adelantábamos más arriba, la ampliación de las temáticas de estudio y la propia naturaleza de éstas son buenos indicadores de la situación actual de la disciplina en nuestro país. Así, la Arqueología Clásica se interesa hoy por el estudio de los paisajes rurales analizando el impacto de las diferentes formas de ocupación y apropiación del territorio, en un afán decidido por superar el estudio de los grandes edificios rurales de tipo *villa* y centrado en las áreas residenciales dotadas de acabados suntuarios. En el ámbito urbano se analiza la composición y estructura urbanística desde una perspectiva ideológica, social y económica, que supera el estudio aislado de los grandes edificios públicos. Es una forma de desplazar el sujeto de interés desde las élites a la población común, a esa «gente sin historia» como la denominan algunos autores, pero que representa el grueso de las poblaciones a estudiar. Ha cobrado también un importante peso la investigación de las diversas actividades económicas llevadas a cabo en el solar hispano intentando obtener datos sobre su papel en la articulación económica general del Imperio romano. Esta perspectiva incide en el interés por conocer las estructuras de obtención y producción de materias primas de naturaleza diversa y su transformación en bienes y productos desde el enfoque de la Arqueología de la Producción. Incluso en algunas parcelas otrora apreciadas por sus valores estéticos, como sucede con la cerámica, se han introducido decididos cambios de orientación del análisis, enfocado ahora al estudio de todo tipo de producciones (decoradas o no) y al análisis de su contexto tecnológico, productivo, social y funcional. Lo mismo sucede en el campo del análisis arquitectónico, donde la valoración de los aspectos estructurales y formales de los edificios se completa con el estudio del contexto técnico de ejecución de las obras, dentro del campo de la llamada Arqueología de la Construcción. Asimismo, se han abierto paso en el seno de los estudios sobre las sociedades clásicas perspectivas transversales como la Arqueología de Género que pretenden visibilizar a las mujeres en el contexto histórico, más allá de las *feminae* privilegiadas por su ascendencia social y económica que han dejado más huellas en el registro literario y epigráfico. En suma, la Arqueología Clásica en nuestro país va adquiriendo un nivel equiparable al de otras naciones europeas, como evidencia la interacción científica propiciada por la formación de equipos internacionales en el marco de las estructuras europeas de investigación, pero debe potenciarse la reflexión teórica y el reposicionamiento continuo que cuestione qué, cómo y para qué investigamos.

No quisiéramos terminar este breve repaso sobre el estado de la Arqueología Clásica en España sin aludir a otra de las dimensiones que más ha influido en los cambios operados en el seno de la disciplina: la patrimonial. El desarrollo de la arqueología en contexto urbano, a instancias de la aplicación de la legislación sobre el Patrimonio Histórico representada por la ley estatal 16/1985 y las normativas autonómicas que le han sucedido, ha promovido en los últimos 30 años la recuperación de restos de las viejas urbes que afloraban en los solares de ciudades actuales. Ciudades como Mérida, Zaragoza, Valencia, Córdoba, Cartagena, Tarragona, Toledo, Gijón y otras muchas,

han hecho de su pasado un importante foco de atracción turística, a la par que un nodo de desarrollo económico y cultural. Si los resultados de estas acciones en clave patrimonial son obvios, es obligado también considerar el impacto que para la renovación metodológica de la disciplina supuso en su día la adopción de las técnicas de registro estratigráfico basadas en el método Harris de excavación arqueológica. La recuperación de espacios y monumentos en varias de estas ciudades les valió su inscripción en la lista de Patrimonio Mundial y han hecho de sus restos arqueológicos un activo importante para su desarrollo económico y cultural. En este mismo género de cosas entra también en juego la potencial relación con la denominada Arqueología Pública, marco que encausa las relaciones de la Arqueología con la sociedad, rompiendo con el papel pasivo que ésta ha tenido hasta hace pocos años y promoviendo una actitud interactiva y participativa. Así, la excavación y musealización de restos monumentales en estas ciudades ha hecho de ellas un buen campo de trabajo para generar las vías de acción que permitan implicar a la sociedad más allá del rol de mero espectador o receptor de un mensaje divulgativo generado al margen de sus necesidades, intereses y demandas.

## 1.2. El tiempo y el espacio de la Arqueología Clásica

Aunque es obvio que el adjetivo *Clásica* parece acotar con carácter inmediato los parámetros temporales y espaciales de la disciplina, es menester que hagamos alguna reflexión sobre la evolución de ambos marcos hasta llegar a los planteamientos vigentes. En un principio, tal calificativo relacionaba este ámbito de estudios con la antigüedad grecorromana, aportando a la Arqueología general el sello de un clasicismo de corte occidental, eurocéntrico y estrechamente abrazado a las riberas del Mediterráneo. Se trataba, por tanto, del concepto mejor ajustado al espíritu que presidió el nacimiento de la Arqueología de la mano de J. J. Winckelmann y así se mantuvo durante largo tiempo, con unos intereses de estudio muy centrados en la valoración artística de las producciones materiales del periodo, como acabamos de exponer. Hubo, no obstante, autores que, como J. M. Mélida en su obra *Arqueología Clásica* (1933), rompieron con esta asentada tradición historiográfica, incorporando Egipto y el Próximo Oriente en su campo de estudios, pero se trató de un caso puntual sin ningún calado en la tradición posterior de los estudios clásicos. Pero bien mirado, Mélida incluía bajo el concepto de Arqueología Clásica, los grandes ámbitos de la Antigüedad conocedores de la escritura, anticipando los planteamientos de lo que tiempo después se ha denominado *Arqueología Histórica*, en la acepción amplia que la considera el campo de estudio de las sociedades sobre las que existen fuentes escritas, incluyendo tanto a las culturas que conocen la escritura como aquellas ágrafas sobre las que escribieron sociedades coetáneas. Algunos investigadores como A. Carandini opinan que la Arqueología Clásica abre su campo cronológico con la creación de las ciudades-estado en el Mediterráneo a partir del siglo VIII a.C., pero lo habitual es que la óptica de análisis se remonte a los procesos culturales que tuvieron como escenario el mar Egeo durante la Edad del Bronce, por considerar que estas sociedades representan el germen de la cultura griega.

En el campo particular de la Península Ibérica, S. Gutiérrez (1997, 51) ha defendido que el concepto de Arqueología Clásica debe incluir también el estudio de las culturas bárbaras —en el sentido griego del término— contemporáneas a las clásicas y relacionadas con ellas, asumiendo con ello una parte de los contenidos del resbaladizo término de Protohistoria, ámbito cuyo estudio se reivindica también como propio desde el área de la Arqueología Prehistórica. Las soluciones a esta cuestión no son unánimes y a la hora de elaborar los programas de las asignaturas, por ejemplo, la casuística revela que se depende, las más de las veces, no tanto de una reflexión teórica como de la composición humana de los departamentos universitarios y de las tensiones internas entre áreas de conocimiento. En todo caso, la dimensión globalizadora de la sociedad romana en el ámbito político, económico y cultural presentará como un hecho consolidado esta amplia realidad, que, a efectos de especialización, debería distinguir entre una Arqueología Romana que abarque el análisis de la península itálica y el resto de las arqueologías romanas provinciales.

Tampoco es fácil establecer el marco final de interés para la disciplina ya que el concepto de Antigüedad Tardía en su condición de etapa transicional entre la Antigüedad Clásica y la Alta Edad Media será reclamado indistintamente como campo de estudio por la Arqueología Clásica y la Arqueología Medieval. Aunque las escuelas tradicionalistas tienden a situar la fecha de cierre en el 476 d.C., entendiendo que este hito histórico pone fin a la historia del Imperio romano, para otra parte del colectivo de investigadores en Arqueología Clásica será importante estudiar esa etapa de gran trascendencia histórica desarrollada entre los siglos IV y VII d.C., en la que tuvo lugar la descomposición de las estructuras del mundo antiguo. Seguimos opinando que el escenario de interacción científica en el estudio de estos siglos entre profesionales de la Arqueología Clásica y Medieval está resultando una experiencia positiva y enriquecedora para el conocimiento de una etapa crucial necesitada de acercamientos desde diversos prismas y con diversos marcos teóricos.